

Días azules, sol de infancia

Antonio Aramayona

Antonio Machado llegó a Colliure (Francia) el día 28 de enero. Casi un mes después moría. En el bolsillo de su abrigo se encontró un último verso: “Estos días azules y este sol de la infancia”

Hacía mucho frío aquella madrugada del 27 de enero de 1939. Antonio Machado tiritaba sobre el catre de una oscura habitación de una casona de piedra de Viladasens, antes de pasar al día siguiente a Francia. Su corazón estaba abatido y su cabeza parecía rebotar una y otra vez contra las paredes del cuarto. “No me queda nada, es el fin”, no paraba de pensar. Tenía además la certeza de que su muerte estaba cerca y él mismo tendía su mano hacia ella en busca de refugio y de acabamiento de esa pesadilla.

Sacó de su maleta uno de sus libros, del que saltó hasta su catre Juan de Mairena. Nada dijo este, solo



pasó su brazo por la espalda de Antonio Machado y respetó su silencio. Al cabo de un rato, mirándole a los ojos, Mairena le recordó horas cálidas y entrañables.

“¿Recuerdas, Antonio, lo que pusiste en mi boca: yo decía a mis alumnos que sobre la muerte iba a hablarles poco, pues eran demasiado jóvenes, pero les invitaba a que comenzaran a reparar en ella como fenómeno frecuente y natural? Un día decidiste que yo les recitara un ‘inmortal hexámetro’ de Homero: ‘Como la generación de las hojas, así también la de los hombres’. Al principio no entendieron nada, pero, a través de los ojos y los labios que me prestaste, poco a poco les fuiste explicando que un día verían la muerte desde dentro, y coincidiendo con una de esas hojas. Lo hiciste suavemente, como los copos de nieve caían en esos momentos sobre el tejado de aquel Instituto de Soria donde enseñabas francés. Sí, hiciste lo posible por que comprendieran que somos seres vivos sujetos al mismo proceso natural de las hojas, de los árboles, de cualquier animal de la naturaleza. Cumplimos ciclos análogos, aparecemos fulgurantes y desaparecemos como este planeta ha visto desaparecer tantos millones de noches dejando paso a otros millones de días y de noches”.



El poeta, esbozando una franca sonrisa en su rostro, remató: “Mairena, nosotros no podemos tratar el tema de la muerte muy en serio, por respeto a la misma seriedad del tema”

Antonio asentía con su cabeza, mientras lágrimas a la vez de extenuación y gratitud a la vida resbalaban por sus mejillas. Notó como la imagen de Leonor se estaba apoderando de su mente, aquella muchacha de diecisiete años que tan feliz le hizo en Soria durante dos años fugaces de matrimonio antes de morir de tuberculosis. “Recuerdo, Antonio, que te decepcionaste un poco” –continuó hablando Mairena–, “porque no pocos alumnos tomaron la frase de Homero como un simple ejercicio gramatical y prosódico, pero tú me recomendaste no insistir. Medio sonriendo, volvías a pensar que el tema de la muerte no es tema para jóvenes, que viven hacia el mañana, imaginándose vivos indefinidamente más allá del momento en que viven y saltándose a la torera el gran barranco en que pensamos los viejos. Por eso, haciendo una divertida cabriola dialéctica, me hiciste decir un día en clase: ‘Hablemos, pues, señores, de la inmortalidad’”.

Con un leve gesto de la mano, Antonio Machado tomó la palabra. El frío de aquel pueblecito gerundense parecía haberse esfumado, y su corazón latía fuerte y aceleradamente. “Es mejor hablar poco de la muerte, Mairena” –dijo–. “La muerte huye de la retórica, que nos enseña a hablar para los demás; más aún es esencialmente antirretórica. Sí, Mairena, sí, tengo aquí y ahora la plena certeza de que la muerte es un

tema que cobra su sentido pleno de vida solo en la autosuficiente e inalienable intimidad del hombre. Es asunto que se vive más que se piensa; mejor diremos que apenas hay modo de pensarlo sin desvivirlo”. Y Antonio Machado, esbozando una franca sonrisa en su rostro, remató: “Mairena, nosotros no podemos tratar el tema de la muerte muy en serio, por respeto a la misma seriedad del tema. Epicuro dice de la muerte que es algo que no debemos temer, porque mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos. Así creyó Epicuro que se saltaba la muerte a la torera. Sin embargo, no es tan fácil como parece, porque en todo salto propiamente dicho la muerte salta con nosotros. Y esto lo saben los toreros mejor que nadie”.

Antonio Machado y Juan de Mairena no volvieron a hablar hasta la noche del 21 de febrero de 1939 en la habitación de un pequeño hotel de la localidad francesa de Colliure. “Mete este papel en el bolsillo de mi abrigo”, le pidió Antonio. Así lo hizo Mairena, que se quedó con su maestro y creador hasta el momento de su muerte, al día siguiente.

Horas más tarde, en el bolsillo de su abrigo encontraron el último verso de Antonio Machado: “Estos días azules y este sol de la infancia”.